

Salvador Millet i Bel. Recuerdo de un liberal catalán.

Selección de cinco artículos de Salvador Millet i Bel.

Presentación a cargo de Josep Maria Castellà, catedrático de Derecho Constitucional UB y presidente del Club Tocqueville.



Imagen: Salvador Millet i Bel

Presentación

Se ha cumplido en 2023 el vigésimo quinto aniversario del fallecimiento de Salvador Millet i Bel. Fue uno de los contados liberales catalanes del siglo XX. Armand Carabén decía, medio en broma medio en serio, que en Cataluña los liberales eran cuatro gatos: Trias, Fargas, Millet i Bel. El Club Tocqueville quiere recordar y homenajear al gran economista catalán, nacido en Viladrau en 1912, y que fue, entre otras muchas cosas, presidente de la Caixa, director de la editorial Alpha y uno de los fundadores y presidente

del Institut d'Estudis Europeus. Con gran interés por la política, de joven participó activamente en la Lliga, junto a Cambó, y en la Transición fracasó en el intento de reagrupar al mundo liberal y catalanista en un partido político.

Millet i Bel publicó en *La Vanguardia* centenares de artículos de opinión entre 1946 y 1998, el año de su fallecimiento en Barcelona. Fue un maestro de este género literario: en sus artículos sabía captar, como pocos, la atención del lector, sin dejar indiferente a nadie, con un estilo directo, lapidario y amable a la vez. Radicalmente independiente de partidos y gobiernos,

no le importaba, antes bien, gozaba de ir contra corriente, sobre todo en la Cataluña que tanto amó y por la que tanto trabajó a lo largo de su vida. Defendía apasionadamente sus ideas a partir de comentarios incisivos sobre la situación política y económica de cada momento. Merecen destacarse sus retratos de personajes, entre ellos sus economistas y políticos más admirados. Unos cuantos artículos fueron compilados en libros como *Estado de quiebra* (1993) o *Reflexiones liberales* (2000). La sociedad catalana –y la española en general– haría bien en leer o releer a Millet i Bel, tan actual en tantas reflexiones. Reeditamos ahora cinco de sus artículos más sobresalientes, aparecidos en *La Vanguardia*, en los años ochenta y sobre todo noventa del s. XX. En ellos aparece reflejado su espíritu profundamente liberal y conservador, catalanista y europeísta, así como su admiración por Hayek, Cambó y Thatcher.

Josep Maria Castellà, catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Barcelona y presidente del Club Tocqueville.

Liberal y conservador (19 de abril de 1996)

Un artículo publicado hace unos días en esta misma sección por mi amigo Ernest Lluch, a quien leo siempre con interés pero con quien no siempre estoy de acuerdo, decía incidentalmente que, como Vargas Llosa, yo soy más conservador que liberal. Yo no sé si la afirmación de Lluch es cierta en relación con el gran escritor peruano, pero no creo que sea acertada en relación con mi pensamiento político y económico. Creo que sería más acertado decir que soy conservador y liberal. Y más acertado todavía afirmar que soy primero liberal y luego conservador.

Trataré de explicarme. Soy ante todo y por encima de todo liberal por razones morales. Lo soy porque creo que la libertad que el liberalismo defiende presupone la sujeción a una ley moral que implica la existencia y el reconocimiento de la idea del límite. En este sentido el liberalismo es para mí una teoría de la limitación del poder. Teniendo en cuenta que la propia razón es limitada y que el poder ejercido sin freno ni restricción

engendra siempre corrupción, soy liberal porque considero que el liberalismo constituye una fuerza moralizadora de la sociedad en tanto que representa un esfuerzo para limitar el poder. Insisto en la faceta moralizadora del liberalismo recordando que los primeros pensadores liberales surgen del puritanismo y no del hedonismo que ha venido a caracterizar el mundo socializado en que vivimos. ¿Acaso la gran lección de Adam Smith no consiste en demostrarnos que la economía de mercado es más moral que la economía de Estado?

Soy liberal en tanto que contrario a la soberanía del Estado –incluso del Estado más democrático– entendiendo esta soberanía como el hecho ilimitado de dictar leyes. Soy liberal porque creo que ninguna autoridad puede ser ilimitada: ni la del pueblo, ni la de sus representantes, ni la de las leyes por ellos dictadas ya que éstas deben estar siempre sometidas a los mismos límites a que están sujetas las autoridades de las que emanan. Soy liberal porque creo que los ciudadanos poseen derechos individuales inalienables independientes de toda autoridad social o política. El Estado de derecho, tan mentado por los políticos pero también tan conculcado, es precisamente esto: el respeto a los derechos de los ciudadanos ante el abuso y multiplicidad de leyes casuísticas y discriminatorias, abuso propio del Estado moderno y, desgraciadamente, también, de la Europa unida que estamos construyendo. Como liberal insisto sobre todo en el peligro que significa esa falta de límite a la multiplicación de las leyes. ¿Se imagina usted lo que hubiera sido de la civilización cristiana si Moisés hubiera bajado del Sinaí con cien mandamientos en lugar de diez? La inflación de las leyes conduce fatalmente a la corrupción, al desorden y a la anarquía. ¿Acaso no lo había descubierto ya Aristóteles al sugerir la conveniencia de castigar con graves penas a los gobernantes que obligaron a «legalizar» un pedazo más de la vida ciudadana, a hacer la «polis» más legal de lo que ya era? Entrados ya en el siglo XVIII ¿acaso no lo había observado también Montesquieu al exclamar: «¿Si yo tuviera que contar todos los males que las leyes civiles han producido en el mundo... contaría cosas espantosas!» y al apuntar, más adelante, que «las leyes inútiles debilitan las necesarias»?

Insisto en todo ello porque cada día estoy más convencido de que la inflación legislativa que

padecemos es tan mala para la sociedad como la inflación monetaria.

Soy liberal porque creo que la economía impone a la política unos límites que los gobernantes raramente respetan. Unos límites que, al vulnerarse, originan la mayor parte de los males que padecemos: los déficit crecientes, la inflación, el paro y, en definitiva, la crisis del Estado del bienestar. Un bienestar que, quiérase o no, está determinado y limitado por nuestra voluntad de trabajo, por nuestro sentido del ahorro, por nuestro espíritu innovador, por nuestra capacidad de crear riqueza; todo ello de tal forma que si, como consecuencia de la política de reparto de rentas efectuada por los estados, disfrutamos -como sucede hoy en casi toda Europa y, sobre todo, en nuestro país- de un nivel de bienestar superior al permitido por aquellos factores, ello significa que nos estamos empobreciendo y que vamos hacia la quiebra del Estado de bienestar.

En fin, soy también liberal porque creo que la economía de mercado, al limitar el poder intervencionista del Estado, no sólo libera las energías individuales y colectivas necesarias para la creación de trabajo y de riqueza, sino que constituye al mismo tiempo un instrumento idóneo para una distribución que acaso no haya sido la más justa imaginable pero que, como ha demostrado la historia, ha permitido acabar con el hambre y la miseria en todos los países que la han adoptado. ¿Por qué hablar, pues, del fracaso del

mercado? ¿Acaso no deberíamos hablar del fracaso del Estado que interviniendo y limitando la libertad de mercado ha frenado y retrasado un crecimiento económico que hubiera hecho posible un bienestar muy superior al que hoy disfrutamos y que estamos a punto de perder?

Soy liberal -amigo Lluç- pero soy también conservador, muy conservador. Soy, sobre todo, conservador de una libertad difícilmente adquirida, de una libertad que en nuestro país es siempre frágil, de una libertad que se halla siempre amenazada por los abusos de poder. Soy conservador porque soy contrario a todos los mitos sociales y, muy especialmente, al mito de la igualdad económica que, de haber triunfado desde un principio, hoy viviríamos todavía en la época de las cavernas. Soy conservador porque soy amigo [sic, debería decir enemigo, nde] de todas -todas- las revoluciones, incluso la de aquellas que como la francesa defendieron ideales de libertad pero que, de hecho, sólo contribuyeron a retrasar su triunfo. Soy conservador en la medida que me considero acérrimo defensor de la propiedad privada y del derecho a testar. Y, en fin, soy conservador porque creo que es la forma más idónea de ser progresista, porque pienso que es el afán de conservar y no el de destruir, el que nos conduce a situaciones de verdadero progreso político, económico y social. Un progreso que para ser firme y duradero deberá llevar involucrado el progreso de la libertad. Ésta es la razón por la cual soy, a la vez, liberal y conservador.



Imagen: Adam Smith

Friedrich Von Hayek. In memoriam (14 de mayo de 1992)

Lo dije hace cerca de cincuenta años, creo que en este mismo periódico, y lo repito hoy, todavía más convencido, en ocasión de su muerte: Hayek aparecerá en la historia de la economía no sólo como la figura más importante del siglo sino, a mi entender, como el economista más importante después de Adam Smith. el fundador indiscutible de nuestra ciencia, ¿Por qué digo esto? Trataré de explicarlo en el presente artículo.

Para mí, la verdadera importancia de un economista sólo puede medirse por su mayor o menor contribución al progreso material de la sociedad. Ciertamente, antes de Adam Smith, hubo pensadores que intuyeron la fuerza creadora y enriquecedora de la libertad económica, de la propiedad privada, del mercado sin trabas y de la moneda estable, pero fue sin duda Smith quien, recogiendo, ampliando y profundizando aquellas ideas, constituyó un cuerpo de doctrina que, aceptado poco a poco por los gobernantes se halla en la base del gran florecimiento del capitalismo moderno, un sistema que en todos los países que lo adoptaron acabó con el hambre endémica que los azotaba, permitió importantísimos aumentos de población, consiguió una cierta estabilidad de los precios, elevó el nivel de vida de la clase trabajadora y abrió paso, por primera vez en la historia de la economía, a la posibilidad de acabar con la miseria humana. Pero esta posibilidad quedó truncada con la Primera Guerra Mundial cuya consecuencia más grave fue, no ya la pérdida de millones de vidas humanas, sino la pérdida, el abandono, el rechazo o el olvido -dígase como se quiera- de aquellas mismas ideas que tanto habían contribuido al aumento de bienestar de los ciudadanos. A través del triunfo de las ideas socialistas que siempre constituyeron un virus paralizante del progreso y a través también del keynesianismo que sin proponérselo le hizo el juego, la idea rectora de la libertad fue sustituida por la de la igualdad, la de la propiedad privada por la de propiedad pública, la de la iniciativa individual por la del Estado, la de la primacía de la producción de riqueza por la de su reparto, la del fomento del ahorro por el estímulo del consumo, la de la moneda como instrumento de medida por la moneda como instrumento político y, en fin -esto es casi lo peor-, la idea básica de la caridad como medio

para subsanar los defectos y los fallos del capitalismo fue sustituida por la de una pretendida justicia que encarnaría el socialismo.

Es ante esta situación, que la Segunda Guerra Mundial contribuyó a agravar, que surge con toda su fuerza la figura insigne de Hayek quien, en su libro *Camino de servidumbre*, denuncia valientemente el gran peligro que significa el socialismo para la subsistencia de la civilización occidental. Ciertamente, antes de Hayek, otros economistas, también insignes, y a la cabeza de ellos Von Mises, habían denunciado ya la amenaza que para la libertad y la prosperidad significaba el socialismo. Pero nadie lo había hecho con la convicción, con la claridad, con la argumentación y, sobre todo, con la moderación y, casi diría, con la caridad con que lo hizo Hayek. Porque mientras Von Mises combate el socialismo con saña, casi con odio y Schumpeter lo combate con pesimismo, temeroso el primero y convencido el segundo de que el socialismo acabará prevaleciendo, Hayek lo hace, más que apuntando los vicios y las degeneraciones del socialismo, haciendo sobresalir las virtudes y las ventajas del sistema basado en la libertad económica y, en el fondo, plenamente esperanzado de que, después de un largo periodo de sufrimientos, los pueblos reaccionarían contra el socialismo y el sistema liberal acabaría imponiéndose, aunque él no esperaba verlo.

Con la publicación de su *Camino de servidumbre* (1944), Hayek cambia el rumbo de sus investigaciones encaminadas hasta entonces a lo que podríamos llamar ciencia pura, es decir, ciencia libre de valoraciones y en la que se había destacado con la publicación de la *Teoría pura del capital* y *La teoría monetaria y las fluctuaciones industriales*, y pasa a dedicarse, apasionadamente, al estudio de los fundamentos morales y filosóficos de la economía basada en la libertad. Desde este punto de vista la figura de Hayek enlaza curiosamente con la de Adam Smith, ya que mientras éste desciende a la economía a través de sus estudios morales y filosóficos, Hayek asciende de la economía a la filosofía y a la moral, llegando por esta vía, a la conclusión de que el sistema liberal no sólo es el más eficiente económicamente sino que es el único que merece el calificativo de moral, es decir, el único que favorece aquellas costumbres que hacen posible una verdadera convivencia entre los hombres. Con una serie de trabajos que, uno tras otro, aumentan en

densidad de pensamiento -*Individualismo y orden económico, La constitución de la libertad* [traducida como *Fundamentos de la libertad*, nde], *Filosofía, política y economía, Ley, legislación y libertad* [*Derecho, legislación y libertad*, nde] y su última obra *La arrogancia fatal* [*La fatal arrogancia*, nde]-, Hayek nos hace ver que el gran pecado del socialismo consiste en lo que él llama la «arrogancia de la razón», es decir, el uso equivocado o el abuso de la razón, la creencia de que el Estado tiene una razón superior a la de los individuos, la ignorancia de que el mercado tiene sus propias razones muy superiores a las de cualquier intento de ordenación centralizada. Hayek nos enseña que el mercado, que no ha sido inventado por nadie, que no es el producto de la razón, sino que lo es del instinto, de la costumbre, de la historia, de la tradición y de la vida, es un instrumento de producción y de distribución de la riqueza infinitamente superior, mucho más eficiente y mucho más justo que cualquier otro sistema que con su «razón» los hombres puedan inventar. Hayek nos enseña que la clave de las ciencias sociales consiste en reconocer modestamente la fragilidad de la razón humana, sin que esto presuponga en ningún caso el rechazo al uso de la razón. En

fin, Hayek nos enseña que el socialismo no ha sido otra cosa que la superstición del siglo XX. “Llamo superstición”, dice Hayek, “a cualquier sistema en el que los individuos se imaginan que, sobre cualquier cuestión, saben más de lo que realmente saben”. El socialismo no es pues otra cosa que una mezcla de superstición y arrogancia. Una mezcla que ha ocasionado enormes sufrimientos a la humanidad y que, como hemos podido comprobar recientemente, ha significado el desmembramiento y hundimiento en la miseria de un imperio cuya engañosa y demoníaca pretensión era la de hacernos a todos iguales, ricos y felices.

Considero a Hayek el economista más importante del siglo porque es el que con mayor valentía y convicción ha denunciado esa superstición, ese extravío de la razón que es el socialismo; porque es, en fin, el que nos ha enseñado el valor inconmensurable de la modestia, tanto en el desarrollo de toda creencia como en la realización de cualquier política económica. Si nuestros políticos aprendieran algo de la modestia y de la valentía de Hayek, nuestra economía mejoraría sensiblemente.



Imagen: Friedrich Hayek

Significado del Thatcherismo (10 de diciembre de 1990)

El hecho de que Margaret Thatcher -la personalidad más sobresaliente que haya conocido el mundo occidental después de Churchill- haya desaparecido del primer plano de la escena política británica nos brinda la ocasión para tratar de esbozar lo que ha significado el thatcherismo, tanto de cara a ese admirable país que es Inglaterra como de cara a esa Europa que todos, incluso la propia Thatcher, deseáramos más unida, más fuerte, más capacitada para influir decisivamente en el acontecer internacional.

De cara a Gran Bretaña, el thatcherismo ha significado no sólo el fin sino la inversión total del proceso de progresiva socialización en que había caído el país desde el término de la Segunda Guerra Mundial y que, sin duda alguna, se halla en el origen de su decadencia económica. A pesar de la alternancia entre gobiernos socialistas y conservadores, la socialización del país progresaba porque los gobiernos conservadores anteriores a Thatcher, temerosos de perder votos, no se atrevieron nunca a derogar leyes laboristas, limitándose, en el mejor de los casos, a paliar sus efectos, casi siempre con muy poco éxito. Sintiendo débiles, sin ideas claras, y faltos de fe en su propio programa, los gobiernos conservadores anteriores a Thatcher practicaron siempre una política de consenso con los laboristas, una política que podríamos llamar del mal menor pero que equivaldría a admitir una tácita irreversibilidad del proceso socializante.

El advenimiento al poder de Margaret Thatcher, hace ahora once años, significó un cambio radical en el discurso político de la derecha. Desde el primer momento y ante la sorpresa de algunos de sus correligionarios, Thatcher realizó una política que, sin ambages, podemos calificar de antisocialista; política que, básicamente, se exteriorizó en su lucha contra el poder monopolístico de que gozaban los poderes sindicatos británicos y que nadie, hasta entonces, se había atrevido a discutir, y en su esfuerzo encaminado a devolver a la iniciativa privada las empresas que, a lo largo de los años, los socialistas habían ido nacionalizando. Desde este punto de vista podríamos decir que Thatcher realizó en Gran Bretaña la *perestroika* que, desgraciadamente, Gorbachov no sabe hacer en la Unión Soviética.

En relación con su lucha contra los sindicatos, la victoria de Thatcher fue total y, contra lo que muchos temían, extraordinariamente popular, incluso entre la clase trabajadora. Suprimida la *closed shop* que impedía a los empresarios la contratación de trabajadores no sindicados y reglamentado el derecho de huelga que no permitió declararla sin una votación secreta y mayoritaria de los trabajadores, castigando con fuertes multas a los sindicatos en caso de transgresión de la ley, la paz laboral quedó restablecida, las huelgas casi desaparecieron y los empresarios volvieron a mirar al futuro con optimismo. Ciertamente que en 1984-1985 esta paz fue rota por la larga huelga de los mineros que sumió a Gran Bretaña en una grave crisis, pero el tesón, la valentía y la intransigencia de Thatcher que siempre consideró que luchaba por una causa justa, hicieron que la huelga fracasara con la desmoralización y el descrédito de los líderes sindicales y con la desbandada de muchos de sus afiliados. Desde entonces casi no ha habido huelgas en Gran Bretaña y muchas de ellas han fracasado. Todo ello se debe a la señora Thatcher.

Finalmente, y por lo que se refiere a su política privatizadora, es importante señalar que, en el transcurso de sus once años de gobierno, consiguió que el Estado se desprendiera de cincuenta grandes empresas representando más de las dos terceras partes de los activos propiedad del Estado en 1979. Denostada agriamente por los socialistas, esta política es la que hoy, vergonzosamente, todos los partidos socialistas en el poder se ven obligados a hacer para salvar la economía de sus respectivos países. Desde este punto de vista puede decirse que, en el caso de que en las próximas elecciones los laboristas se alzaran con el Gobierno del país, podrían estar agradecidos a la señora Thatcher por haber debilitado a los sindicatos -los «peores amigos» del laborismo según un feliz comentario por haberles ahorrado la vergüenza de tener que desnacionalizar lo que, antes, ellos mismos habían nacionalizado.

De cara a Europa se ha querido pintar una Thatcher contraria a la Comunidad Europea, criterio que me parece totalmente erróneo. Lo que sucede es que Margaret Thatcher tiene una concepción de la unidad europea muy distinta de la que tienen los franceses y alemanes. Yo diría, incluso, que tiene de Europa una idea más amplia que la franco-alemana, puesto que siempre ha defendido la necesidad de una unión que comprendiera todos los países de la EFTA. Es evidente,

por otra parte, que mientras bajo la égida franco-alemana se está construyendo una Europa dirigista, centralista y reglamentarista –una Europa jacobina, al fin y al cabo-, Thatcher soñó siempre en una Europa unida por la libertad. Plenamente consciente, creo yo, de que la época de los estados soberanos está llegando a su fin, a Thatcher le ha repugnado siempre la idea de un superestado europeo. Contraria al burocratismo europeo, tanto como al británico, molestándole las tediosas negociaciones de Bruselas, el exceso de comisiones y subcomisiones y el abuso de las votaciones mayoritarias, Thatcher era partidaria de una unión en la diversidad y bajo la soberanía de un mercado cada vez más amplio en el que circularan libremente mercancías, personas, capitales y monedas. Es posible, aunque no seguro, que Thatcher se equivocara al oponerse tan firmemente a la creación de una moneda europea común, pero yo me inclino a pensar que su recelo hacia una Europa jacobina fue y seguirá siendo más que justificado. Una Europa jacobina no será nunca aceptada por la Gran Bretaña.

Volviendo a la labor realizada por Margaret Thatcher en su propio país, conviene destacar el esfuerzo realizado para poner orden al “Estado del bienestar” inventado por Beveridge –¡oh paradoja: un liberal!- que implicó la socialización de la Seguridad Social y de la medicina, que ha proporcionado un bienestar mucho

menor del que se esperaba y menor, sin duda alguna, del que se hubiera conseguido a través del fomento de las mutualidades privadas y que, a fin de cuentas, y como consecuencia de su alto coste, ha dado lugar a un relentecimiento del progreso económico de la nación. Aunque Thatcher, contra lo que era indudablemente su deseo, no se atrevió a desmontar el sistema, sí que introdujo en él importantes medidas –mayor disciplina, mayor control a través de un sistema de auditorías, descentralización de los servicios y competencia entre ellos, etc.- encaminadas todas juntas a allanar el camino hacia una futura privatización. Cito, por si nuestros gobernantes quieren imitarla, la última medida encaminada a este fin: a todos los mayores de 60 años que disfrutaban de un seguro privado de enfermedad se les rebaja considerablemente su cotización al National Health Service.

El significado o, mejor dicho, la lección final del thacherismo es pues la siguiente: el socialismo es reversible. No hemos de esperar setenta años como en Rusia. No hemos de esperar que el hambre y la miseria nos invadan. Para conseguirlo, sólo faltan gobernantes con fe, honestos, sabios, sinceros y enérgicos, que no piensen en los votos sino en la prosperidad de su país. Margaret Thatcher ha sido una de ellos.



Imagen: Margaret Thatcher ante el partido conservador británico

¿Por qué no soy nacionalista? (25 de agosto de 1994)

Soy catalanista, regionalista, autonomista y liberal. Y casi bastaría decir que soy liberal, porque el liberalismo implica el mayor respeto a todos los particularismos y, especialmente a los lingüísticos e históricos, y asimismo, casi por definición, a los conceptos de autonomía y de subsidiariedad. Pero sigo diciendo que soy catalanista y liberal porque el catalanismo es el alma y el liberalismo es el cuerpo de mi pensamiento político. Soy todo esto, pero no soy nacionalista y explicaré el porqué.

En primer lugar, no soy nacionalista porque es un concepto poco preciso que induce a confusión e inspira inevitables recelos; porque es un concepto que, por sí solo, es incapaz de definir un pensamiento político. ¡Hay tantos nacionalismos distintos! No es lo mismo el nacionalismo catalán que el vasco o el gallego y, todos ellos, son distintos del nacionalismo español. Incluso dentro del nacionalismo catalán no es lo mismo el nacionalismo de Pujol que el de Roca o el de Durán y, no digamos, que el de Colom o el de Ribó. ¿De qué sirve, pues, llamarnos nacionalistas?

Se dirá, sin duda, que el nacionalismo es la expresión de un amor particular a una tierra, a una lengua, a una historia y a una cultura, lo cual es bueno. Pero ¿quién negará que es también una fuente de egoísmos, de odios, de envidias, de crímenes y de guerras? Basta acercarnos a los Balcanes para cerciorarnos de ello. Yo prefiero, pues, llamarme simplemente catalanista, porque este vocablo excluye totalmente cualquier idea de odio y, por lo tanto, es compatible con el amor a Andalucía, a Castilla, a Galicia o a cualquier otra región española. En contraste con el himno nacionalista de *Els segadors*, que es un himno de guerra, yo prefiero el himno catalanista del *Cant de la senyera* que es de amor y de paz. En segundo lugar, no soy nacionalista porque este vocablo implica hoy, más o menos abiertamente, el deseo o la voluntad de convertir la nación en Estado, lo cual, en un momento en el que el Estado se halla en profunda crisis, en un momento histórico en el que la organización política de Europa en estados nacionales independientes es algo que intentamos superar en beneficio de la paz, el orden y la prosperidad, es una aspiración que me parece anacrónica, retrógrada y peligrosa. “Nosotros

somos también Estado”, dice a menudo, con cierto orgullo, el presidente Pujol.

Sí, sin duda nosotros somos también Estado en la medida en que disfrutamos de una gran, enorme y creciente burocracia; somos también Estado en tanto que hemos adquirido los mejores edificios de Barcelona y los hemos amueblado lujosamente para el mayor solaz de un sinnúmero de directores generales, algunos de los cuales no saben todavía lo que tienen que dirigir; somos también Estado sobre todo Estado español -en la medida en que hemos perdido el sentido de la economía e incurrido en un déficit creciente; somos Estado en la medida en que nuestra gran pasión consiste en dictar leyes y más leyes, olvidando que la inflación legislativa es tan perjudicial como la monetaria; que las leyes equivocadas constituyen, a menudo, el origen de la corrupción que padecemos. Algunas veces pienso que el gran problema de Cataluña consiste en que tenemos mucho Estado con poca autonomía cuando lo que necesitamos es mucha autonomía con poco Estado.

En tercer lugar, no soy nacionalista porque los catalanes -ni nuestros reyes ni sus súbditos- nunca fueron nacionalistas en el período floreciente de nuestra historia. En tanto que Castilla, ya desde sus inicios, adoptó una actitud que podemos calificar de nacionalista, tanto respecto a los reinos cristianos como a los moros - actitud que se hace patente en la figura de Fernán González-, Cataluña, en cambio, en su lucha para la liberación de la península, encarna un esfuerzo para la consecución de un ideal superior, generoso, cristiano e hispánico al mismo tiempo.

Ejemplos de esta actitud los encontramos a cada paso de nuestra historia, por ejemplo, en la ayuda que los catalanes dan a Castilla en su lucha por la reconquista y que, básicamente, se manifiesta en la cesión de Murcia que Jaume el Conqueridor hace a Alfonso el Sabio; en la forma leal y respetuosa con que el catalanísimo Ramón Berenguer IV, de hecho rey de Aragón, trata a todos sus súbditos aragoneses, no entrometiéndose nunca en sus vidas, sus costumbres y sus privilegios y no utilizando nunca su título de rey al que tenía derecho; en la forma con que los soberanos de Cataluña trataron a los moros conservando su religión y sus costumbres y, como en el caso de Tortosa, declarándolos sujetos a sus propias leyes y ordenanzas; en fin, la encontramos en la consideración y respeto

con los que nuestros monarcas trataron a los judíos, recordando que, ante las matanzas del año 1391 que no pudieron evitarse en Cataluña -la envidia y el odio de las turbas es en todo lugar el mismo-, nuestro rey Joan I fue el único soberano español que castigó severamente aquella atrocidad, condenando a muerte a muchos de los culpables.

Llegados a este punto alguien preguntará: ¿Acaso las guerras de 1540 a 1652 y de 1705 a 1714 no representan una posición nacionalista? Con el historiador Vicens i Vives yo creo firmemente que no. Contra lo que nos dicen las interpretaciones nacionalistas y románticas, la revolución de los Segadors no fue otra cosa que una anárquica sublevación de campesinos que arrastró pronto a nobles y clérigos en su lucha contra los agravios -¡siempre inevitables!- que se derivaron de la presencia de ejércitos extranjeros en la tierra propia aunque fuera, en definitiva, para luchar contra un enemigo común.

Por lo que se refiere al alzamiento de 1705 a 1714, una historia desapasionada nos demuestra que no fue, en modo alguno, la manifestación de un orgullo nacional o de un egoísmo territorial catalán. Muy al contrario:

fue el primer gran intento catalán terriblemente desgraciado de intervenir activamente en la política general española, pronunciándonos, en la lucha dinástica, por la causa del archiduque. Gran parte de nuestras desgracias posteriores provinieron de ese gran error. ¿Acaso el Gobierno catalán no comete hoy uno parecido apoyando la causa del socialismo español?

Una última razón, de análoga importancia, apoya mi antinacionalismo: cada día estoy más convencido de que el gran enemigo de la unidad de España, el gran obstáculo a la solidaridad entre los españoles, no lo constituye ni el nacionalismo catalán ni el vasco, sino ese nacionalismo asimilista, igualitario, dirigista, centralista, egoísta, envidioso y retrógrado que, todavía hoy, caracteriza al nacionalismo español, tanto de derechas como de izquierdas, y que impide la constitución de un verdadero Estado de las autonomías. A este nacionalismo español yo opongo un españolismo auténtico, amplio, generoso y ambicioso al mismo tiempo. Sobre todo ello hablaremos más extensamente en otra ocasión.



Las Memorias de Francesc Cambó. Primera lectura apasionada (19 de abril de 1981)

Quiero decir ante todo que, para aquéllos que tienen algún interés en la historia política de nuestro país -y al decir “nuestro país” quiero significar, como el propio Cambó, Cataluña y España- las 542 páginas que integran el primer volumen de las *Memòries* de Francesc Cambó que acaba de aparecer, son de una lectura verdaderamente apasionante. Fruto de una primera lectura apasionada, efectuada en el curso de tres noches de larga vela, son las notas que siguen a continuación.

Las *Memòries* de Cambó son, esencialmente, unas memorias políticas. Aparte de un capítulo final dedicado a sus viajes -capítulo que sin duda habría podido ser mucho más largo- y de un capítulo intermedio dedicado a sus actividades extrapolíticas, en el que él mismo reconoce que su actividad como coleccionista podía ser objeto de un libro separado, interesante y divertido (como podía serlo, sin duda, aunque Cambó por modestia no lo diga, su actividad como mecenas), todo el resto del libro está dedicado, casi exclusivamente, a su febril, a su incesante actividad política. Y se comprenderá que así sea si se tiene en cuenta que Cambó era, por encima de todo, un hombre con vocación política. En aras a su ideal político, Cambó era capaz de sacrificarlo todo: su comodidad, su salud y su vida propia. No es extraño pues que apartado de la política por la dictadura de Primo de Rivera, en un momento en que, siendo todavía joven y rico, hubiera podido gozar de la vida, escriba con evidente nostalgia: “A pesar de todas las delicias y sonrisas que me ofrecía la vida, mi alma no estaba satisfecha: yo había nacido con una pasión, la pasión política, y me estaba vedado darle satisfacción por los caminos que se hallaban conformes con mi temperamento y mis convicciones. Yo tenía el doble ideal de fortalecer Cataluña, dándole las máximas capacidades que la hicieran digna y apta para disfrutar, progresivamente, de libertades mayores y, este ideal supremo, yo lo vinculaba, desde hacía muchos años, con la ilusión de conjugarlo con un momento de fortalecimiento y engrandecimiento de España: no un engrandecimiento aparente o de fantasía como en otros períodos de su historia, sino

en un fortalecimiento sólido que pudiera resistir todos los embates y tuviera larga duración”. Las *Memòries* que comentamos constituyen, pues, esencialmente, la historia de los avatares de la incesante lucha de Cambó por la consecución de este ideal.

Las *Memòries* de Cambó constituyen, en segundo lugar, las memorias del orador más convincente -quiero decir menos retórico y más dialéctico- que ha tenido España en todo lo que va de siglo. En realidad, su vocación de orador nace juntamente con su tempranísima vocación política. A los dieciséis años, cursando el quinto año de bachillerato, se hace catalanista al leer un discurso de Àngel Guimerà, pronunciado con motivo de los Jocs Florals y nace en él la vocación de orador escuchando un discurso del catedrático de la Universidad de Santiago, Alfredo Brañas. “No recuerdo en absoluto lo que dijo Brañas -cuenta Cambó- pero recuerdo que lo que dijo, lo dijo con tal elocuencia que tuve la sensación de que ser un gran orador era tanto o más importante que ser un general o un obispo. Y fue entonces cuando nació en mí la ilusión de convertirme en un gran orador y hacer grandes discursos delante de grandes auditorios”. Las *Memòries* constituyen el relato de cómo esa ilusión se convirtió rapidísimamente en realidad; de cómo su palabra le abrió el camino de la política y le llevó al ayuntamiento, a la jefatura de la *Lliga*, a la dirección del Movimiento de Solidaridad Catalana, al Congreso de los Diputados y a los Ministerios de Fomento y de Hacienda. Dicho de otra manera: las *Memòries* constituyen en todo momento el telón de fondo de sus discursos.

Sabido es que, muchas veces, detrás de las palabras de los políticos no hay absolutamente nada, hay un vacío, no hay nada más que palabras. En cambio, detrás de las palabras de Cambó, detrás de sus *Memòries*, se descubre fácilmente que hay algo muy importante: que hay un hombre entero, un hombre con un ideal. Es ese hombre entero, absolutamente desconocido para aquéllos que no le trataron, que, poco a poco, a lo largo de más de quinientas páginas, nos revelan sus memorias. No es el hombre frío, cerebral, sin ninguna reacción sentimental que retrata la leyenda, sino que es un hombre imaginativo, expansivo y efusivo como lo son la mayor parte de ampurdaneses -recuerde que su madre era de Verges- aunque, al mismo tiempo, reconoce ser retraído, concentrado y tozudo como

lo son las gentes de la Garrotxa, de donde era su padre. No es un hombre frío, repito, sino que es un hombre de grandes entusiasmos: entusiasta de una Cataluña autónoma, entusiasta de una España grande, entusiasta del arte, entusiasta del trabajo, entusiasta de la generosidad, entusiasta de la concordia. No es un hombre cerebral, sino que es, ante todo, un hombre vital, un hombre cuya vitalidad rezuma por los poros: un fabuloso polemista, un gran luchador, un gran organizador y, por encima de todo, un gran realizador. Dicho con palabras: de las *Memòries* se deduce, ante todo, que Cambó era un hombre con fe, con coraje, con valentía.

Para terminar, diría que las *Memòries* constituyen una fuente inagotable de enseñanzas políticas en la que nuestros incipientes parlamentarios tienen mucho que aprender. Quien las lea encontrará en ellas un alegato constante contra la envidia (la Solidaritat Catalana sucumbió, dice, víctima de la envidia de unos catalanes que se llamaban patriotas), contra la demagogia, contra la exaltación exclusiva de los derechos y la subvaloración de los deberes, contra todas las posiciones negativas o destructoras, contra la indecisión, contra todos los extremismos, contra el provincialismo, contra la cobardía y contra la discordia. Al lado de estas lecciones de moral política el lector de las *Memòries* encontrará lecciones de habilidad parlamentaria o de simple elegancia política. A vía de ejemplo y en relación con la habilidad parlamentaria, Cambó nos muestra cómo puede perderse una votación importante obstinándose en el mantenimiento de un adverbio. La ley de Jurisdicciones -dice- hubiera podido ser derogada si las izquierdas no se hubiesen empeñado en mantener el adverbio “inmediatamente”. Por lo que se refiere a la lección de elegancia, la transcribo traducida literalmente: “En todas las elecciones, cuando triunfábamos, yo dejaba que los otros fueran los que, desde la pequeña sala en la que recibíamos las informaciones, bajaran al gran salón a comunicar los resultados. Pero cuando los resultados eran desfavorables, reservaba esta tarea para mí”. Esta elegancia que hoy parece desterrada de nuestras costumbres, Cambó la poseía en todo: en su porte, en su gesto, en su palabra y en su espíritu.

Al cerrar el libro de *Memòries* y contemplar la magnífica fotografía de Cambó que figura en el frontispicio, no puedo dejar de recordar sus ojos agudos, penetrantes, incisivos, diferentes. Las *Memòries* de Cambó son también unas memorias “diferentes”.

Cronología

1912: Nace en Viladrau, Girona.

1933: Graduado en Estudios superiores en el *Institut d'Estudis Econòmics i Comercials* de la Generalitat de Catalunya. Amplía estudios en la Universidad Humboldt, de Berlín, donde fue alumno de Röpke.

1935: Ingresó en las juventudes de la *Lliga*, donde fue colaborador de Francesc Cambó.

1936: Exilio en Francia. Al regreso, es nombrado director del Servicio de Estudios Económicos de Cambó y colabora en la *Fundació Bernat Metge*.

1947-1956: Fue director de la editorial Alpha.

1950: Nombrado director del *Institut d'Estudis Europeus*. Presidente en 1969.

1977: Encabeza la candidatura por Barcelona de *Lliga de Catalunya. Partit Liberal Català*, sin obtener representación en el Congreso.

1980-1987: Fue presidente de *La Caixa*.

1986: Fue galardonado con la *Creu de Sant Jordi*.

1998: Muere en Barcelona.

Para saber más

Salvador Millet i Bel, *Què significa ser conservador, avui?*, Columna, 1987.

Salvador Millet i Bel, *Estado de quiebra*, Planeta, 1993.

Salvador Millet i Bel, *Reflexiones liberales*, Península, 2000.

Síguenos en



hola@clubtocqueville.com

www.clubtocqueville.com

ISSN: 2696-712X

El Club Tocqueville no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas en los textos que publica.

© Club Tocqueville y los autores.